Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 72 – 24 de Noviembre de 2015

En este número

1. **Tiempo de reposo,** *Emilio Álvarez Frías*
2. **Escupir a la historia,** *Manuel Parra Celaya*
3. **«Enterrar a los muertos»,** *José Mª García de Tuñón Aza*
4. **París, España, Europa,** *Miguel Pujadas Cabestany*
5. **Adiós, señor Mas,** *Eladio del Prado*
6. **Y los políticos occidentales no defienden la cultura europea,** *Samir Khalil Samir*
7. **20 de noviembre; cita en Valencia,** *M.P.*
8. **Militar,** *Alfonso Ussía*
9. **Recordando al gran René Girard,** *miqueridaespana*

Tiempo de reposo

Emilio Álvarez Frías

De nuevo en casa, mientras continúan los actos por los fallecidos en París a consecuencia de la salvaje razia llevada a cabo por los jihadistas; penden sobre Bélgica las amenazas de sufrir nuevos atentados de parecido signo; se ha producido el asalto a un hotel en Mali con cerca de veinte muertos, sin que reciba el mismo tratamiento que se está dando a los hechos de París. El mundo continúa con sus dislates, queriendo enterarse de unos y dejando pasar otros. Pero un servidor se dispone a pasar un domingo tranquilo entre libros y papeles, trayendo al recuerdo al Doncel de Sigüenza, el joven Martín Vázquez de Arce, mozo de veinticinco años que perdió la vida «al filo del alfanje sarraceno», que escribiría doña Emilia Pardo Bazán, cuando fue a combatir al moro en Granada. Motivo por el que, para que me haga compañía y calme la sed cuando surja, tomo hoy un botijo elaborado en la tierra del Doncel, en Sigüenza.

No me peta retomar directamente el tema de los jihadistas, pues en casa tenemos asuntos que también nos inquietan, aunque les hayamos dado unas cortas vacaciones con motivo de lo ocurrido en París. Aunque los asuntos de casa quizá den la impresión de que, por su importancia, puedan carecer de importancia real para el futuro, pero sí la que tienen para el presente nuestro de cada día, ya que marcan la andadura de hoy, que es la que hemos de sobrellevar sobre las espaldas. Y en ese sentido nos encontramos con que en el Ayuntamiento de Palma las autoridades retiran el Crucifijo del salón de plenos; que la alcaldesa de Madrid, después de negar la colocación de los tradicionales «Nacimientos» en distintos lugares de la Villa, consiente se ponga uno pequeño en la sede municipal para calmar el enfado de los madrileños; que la directora del colegio infantil de Umbrete (Sevilla) ha dirigido una carta a los padres de los alumnos anunciando la prohibición de todas las celebraciones que tengan «connotaciones religiosas»

relacionadas con la Navidad; llegando, incluyo, la concejal del Ayuntamiento de Córdoba, Victoria López, de «Ganemos», a proponer a gritos un momento de silencio por las víctimas jihadistas, secundada por la alcaldesa Isabel Ambrosio. Y así un sin fin de otros muchos dislates de parecido signo, que no reflejamos por no cansar a nuestros lectores ya que los habrán visto en los medios de comunicación;

Este es el panorama que presentan las instituciones de España, en manos de ignorantes a los que una izquierda encanallada y mezquina, manipuladora y perversa ha llenado sus cerebros de mentiras y mendacidades, teorías e ideas arcaicas y preteridas, una izquierda que viene demostrando desde hace más de ochenta años el fracaso que arrastra tras de sí.

Por ello es aconsejable recluirse en el recuerdo del Doncel, tomar como él un libro en el que encontrar paz y descanso, y acompañarse por un botijo, pieza de cerámica útil que en todos los puntos del país es tenida en consideración por igual para aminorar la sed.

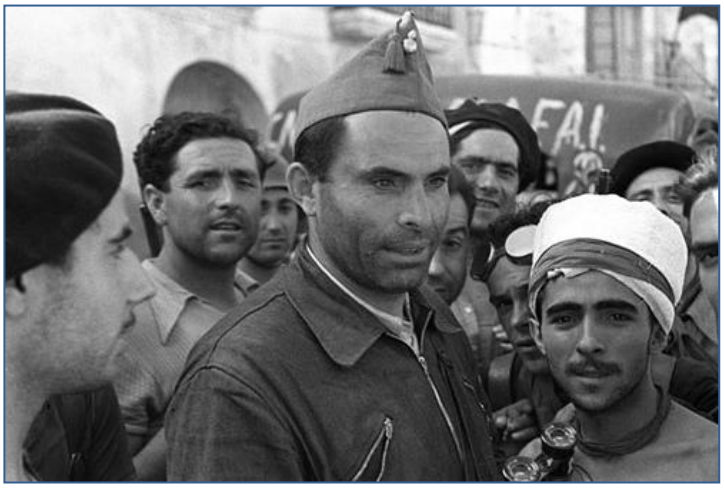
Que Dios nos acompañe y sepamos encontrar, con el farol de Diógenes, o sin él, a los hombres que necesita España para reencaminarla por las rutas del amor, la paz, el crecimiento colectivo y particular de sus habitantes, hasta situarla de nuevo en el lugar que tuvo y la corresponde.

Escupir a la historia

Manuel Parra Celaya

Paradójicamente, escupir hacia el pasado es la afición principal de los llamados *progresistas*, cuando, en buena lid, deberían estar más preocupados por el presente –injusto, absurdo y desnortado– que ellos han creado y por el futuro que se les escapa de las manos. En esta obsesión por el pasado coinciden, mira por dónde, con los ultraconservadores y añorantes, que *«se nos han mostrado siempre interesados en demostrarnos que el Apóstol Santiago estuvo dando mandobles en la batalla de Clavijo»* y *«con esa preocupación obsesionante se desentendieron por completo de las angustias del pueblo español, de sus necesidades apremiantes, de su situación dolorosa».*

Ha pasado otro 20 de noviembre. Como de costumbre, los escupitajos a la historia han sido la tónica general, entre ellos, la brillante iniciativa *progresista* de doña Ana Colau, alcaldesa de Barcelona, ante el tema prioritario para la Ciudad Condal de personarse en la denuncia de los *«crímenes del franquismo»* contra Mussolini y Franco, por los bombardeos de aquella guerra civil que tuvo lugar hace setenta y nueve años.



Buenaventura Durruti con sus camaradas de la FAI

Dejando de lado a la señora Colau (con perdón por la descortesía), resulta que en el día 20 de noviembre tuvieron lugar las muertes de tres españoles de esos que figurarán, velis nolis, en los libros de historia, cosa que seguramente no ocurrirá con mi alcaldesa: José Antonio Primo de Rivera, Buenaventura Durruti y Francisco Franco. El primero de ellos fue fusilado en Alicante tras un simulacro de juicio; el segundo murió en el frente de Madrid por una bala que partió de su propia trinchera; el tercero, falleció anciano, de muerte natural, en su cama, a pesar de los aspavientos y bravatas de sus teóricos oponentes, algunos de los cuales, por cierto, habían sido fervientes *tiraboleiros* del incensario en su honor mientras regía los destinos de España.

¿Figuras controvertidas? Sin duda alguna. Buenaventura Durruti, anarcosindicalista bronco, luchador incombustible, acaso salteador de bancos por mor de sus ideas, fanático de la redención de unos españoles de vida mísera y tercermundista, poco contemporizador con sus ocasionales aliados en la guerra civil (y, para más inri, con un hermano falangista fusilado en la otra zona). Francisco Franco,

caudillo militar, regeneracionista por aquello del *«cirujano de hierro»* que dijo Joaquín Costa, creador de un Régimen singular y personal durante cuarenta años; creador de la clase media, la que faltaba en España e hizo posible la transición pacífica; garante de la industrialización de una nación, antaño puramente rural y atrasada, hasta situarla en el noveno puesto del ranquin mundial; y restaurador de la Monarquía, que, sin su constancia, hubiera quedado reservada a las revistas del corazón de toda Europa.

Y de José Antonio Primo de Rivera (autor de la cita del primer párrafo), ¿qué puedo decir? Discípulo de Ortega y heredero de la rebeldía del *«me duele España»*, acaso soñador de que las *«dos Españas»* –las representadas por los otros personajes respectivamente, con todas las matizaciones que se quieran– pudieran armonizarse en una conjunción de Patria, Pan y Justicia, mediante uno de esos saltos históricos que él –¿visionario? ¿Irrealista? ¿Simplemente, joven?– llamó *revolución nacionalsindicalista*. En todo caso, en el punto de mira de los fusiles, había escrito «*Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles»*, y tras subyugar a tres generaciones, queda hoy como arquetipo de conducta y de testimonio de correspondencia entre el pensar, el decir y el vivir. Y el morir en un 20 de noviembre.

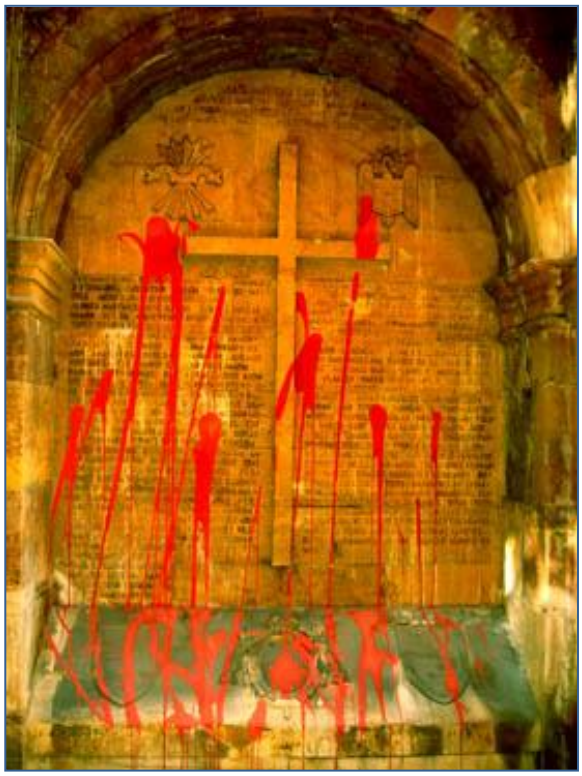
La historia quedó ahí, pese a los esfuerzos de los *progresistas,* cuyo mayor logro ha sido la mediocridad y la bajeza, la que se empeña en escupir sobre el pasado lejano, como si esos salivazos cargados de bilis y de ignorancia fueran el bálsamo de Fierabrás de un presente angustioso.

Claro que escupir a la historia tiene parecidos efectos que escupir hacia el cielo: siempre vuelve a caer la inmundicia sobre el que, llevado por el odio, no ha sabido calcular bien la dirección de sus invectivas inútiles.

«Enterrar a los muertos»

José Mª García de Tuñón Aza

La semana pasada me acercaba a la biblioteca del edificio noble de la Universidad de Oviedo cuando me encontré con un buen amigo, Emilio Marcos, y nos fuimos a tomar un café. Hacía tiempo que no lo veía y charlar con él siempre ha sido para mí un placer. Hombre de izquierdas, aunque en la época que gobernó Álvarez-Cascos lo nombró *ministrín* –así llamamos en Asturias a los Consejeros provinciales– de Cultura y Deporte, donde realizó una gran labor. Fue, hasta su jubilación, director del Museo de Bellas Artes de Asturias. La pintura era tema obligado y acordándose que yo había escrito un artículo sobre el falangista Pancho Cossío, pintor de José Antonio Primo de Rivera, me dijo: «No sé si sabes que el Museo de Santander ha descolgado los cuadros de José Antonio pintados por Cossío». No, nada sabía y no he podido comprobarlo, pero no me sorprendía la noticia que me estaba dando. En España hay mucho *talibán* capaz de terminar con el Arte. Cossío le hizo tres magníficos retratos, pintados al óleo, al fundador de Falange. Dos en 1943 que eran los que están o estaban en el Museo de Santander, y otro más pintado en 1946 por encargo del Ayuntamiento de Torrelavega. Es de suponer que ninguno de los tres los hayan quemado como un día hicieron con la Universidad de Oviedo, donde se conservaba una de las mejores bibliotecas de España y notables obras de arte como cuadros de Zurbarán, de Ribera, y de otros pintores estimables del XVIII y XIX. Todo el templo ovetense de la inteligencia, como diría Unamuno, había sido pasto de las llamas en 1934.



Antes de despedirnos me comentó que si no lo había leído, pidiera en préstamo el libro de Ignacio Martínez de Pisón titulado *Enterrar a los muertos.* Asentí con la cabeza y me dirigí a la biblioteca. Después de consultar otros libros que fueron los que me llevaron hasta allí, pedí en préstamo el que me había recomendado Emilio Marcos. Después de que me lo entregaran, y antes de abandonar la Universidad, me acerqué, dentro del mismo edificio, al jardín de la reina Isabel donde en una de las paredes hay un monumento con los nombres de catedráticos, profesores y alumnos, que, en su día, pertenecieron a esta Universidad y fueron asesinados, la mayor parte, durante la Guerra Civil. Alguno de ellos en Paracuellos, mientras a Carrillo, el responsable de aquel genocidio, el Ayuntamiento de Gijón, cuando gobernaban los socialistas, pero con algunos votos del PP, le nombró Hijo Predilecto de aquella ciudad que mira al mar. Ahora ese monumento hace meses que le han llenado de pintura roja, como demuestra la fotografía que ilustra este artículo y que ya he denunciado en otra ocasión, sin que hasta la fecha, el rectorado, los políticos, de un lado y otro, hayan hecho nada por borrar esa pintura que fue arrojada por los herederos ideológicos de los que un día no dejaron piedra sobre piedra de esta Universidad ideada en el siglo XVI por el arzobispo Fernando Valdés Salas y que inició sus actividades el 21 de septiembre de 1608.

Cuando llegué a casa y después de contestar algunos correos que habían llegado a mi ordenador, no perdí más tiempo y me puse a darle un vistazo a la obra que me había recomendado mi buen amigo. Solo con la lectura de las primeras páginas, me di cuenta que me encontraba ante un libro de esos que da pena cerrar para continuar con él en otro momento. Y así seguí hasta casi terminar su lectura aquel día. Son varias las personas que en su libro cita el autor. Me he fijado en el nombre del escritor John Dos Pasos, un gran entusiasta de España, porque su nombre lo repite varias veces. Dice que en una ocasión llegó a entrevistarse con Miguel de Unamuno a quien el único comentario que consiguió arrancarle sobre la República fue: «¿Dónde están los grandes hombres?». Amigo también del pintor Luis Quintanilla, detenido con motivo de la Revolución de Asturias, en la que formaba parte dentro del comité. Dos Pasos para manifestarse en contra de este encarcelamiento, expuso en Nueva York una colección de grabados del pintor para conseguir de esta manera la complicidad del público americano.

Sin embargo, el norteamericano por quien parece sentir más admiración es por el profesor José Robles Pazos, profesor y traductor, principalmente, de John Dos Pasos de quien llego a ser muy amigo. Robles hablaba ruso, y, por esta razón, cuando la guerra civil española, fue nombrado oficial del Ejército por el gobierno republicano y asignado como traductor y colaborador de un general soviético que era asesor militar enviado por el gobierno soviético para apoyar la República, pero aunque Robles era un militante de izquierdas, era contrario al estalinismo.

En diciembre de 1937, encontrándose en Valencia al servicio de la delegación militar soviética en la España republicana, Robles fue arrestado por agentes españoles de filiación comunista, tras lo cual desapareció sin dejar rastro. Se supone que fue entregado a los servicios secretos de la NKVD soviética, quienes lo torturaron y asesinaron aunque nunca se encontró su cuerpo. Cuando a Dos Pasos le llegó la noticia de que su amigo Robles podía haber sido asesinado no paró hasta poder averiguar la suerte que podía haber corrido, pero nadie sabía darle noticias precisas. Y no se las daban por dos motivos principales: en primer lugar querían evitar su utilización propagandista en contra de aquella nefasta, tan añorada ahora por algunos, República, y, en segundo lugar porque confiar en Dos Pasos la verdad podía haber puesto en peligro sus vidas.

Cuando por fin Dos Pasos supo que su íntimo amigo Robles había sido asesinado por los comunistas, provocó en él un viraje ideológico que sería ya definitivo. Su repentino anticomunismo le alejaría además de muchos de los que hasta entonces habían sido sus amigos, y especialmente de Hemingway. El enfrentamiento entre ambos novelistas a propósito de la Guerra Civil no tardó en desplazarse a sus escritos, y puede decirse que se mantendría siempre. El recuerdo del asesinato de José Robles motivó la ruptura de aquella amistad, que, incluso, acompañó a ambos escritores hasta el final.

París, España, Europa

Miguel Pujadas Cabestany

Permítanme que me considere ciudadano de Europa; y, por supuesto, occidental. Ello pese a la Europa y al Occidente que nos están vendiendo en las tiendas de *prêt â porter*. Quiero decir que me siento indefectiblemente integrado en una Civilización que está enraizada esencialmente en el mundo clásico y en el Cristianismo, sin hacer tampoco ascos a las aportaciones imprescindibles y positivas a partir de la Ilustración, con sus *luces* y sus sombras. Europa es una tradición y puede ser un proyecto, a cambio de no renegar de esas raíces.

Sirva esta preámbulo para afirmar que me han dolido en mis propias carnes los atentados del terrorismo en París, así como los miles de asesinados –muchos de ellos por ser cristianos– en los lugares donde campa por sus respetos el salvajismo del Estado Islámico, ISIS o como demonios se llame. Me duelen tanto como si hubieran tenido lugar en las calles de Barcelona o de Madrid. Tengo, por tanto, los campos muy definidos y sé quiénes son hoy mis enemigos, los de España, los de Europa, los de Occidente.

Incluso, soy capaz de no remover la historia reciente, cuando el terrorismo etarra tenía sus santuarios en el país vecino; aquello parece que se acabó felizmente y todos estamos de acuerdo, aparentemente, en dónde está el peligro común.

Como casi todos los temas graves y profundos, este del Islamismo radical tiene una complejidad que no permite despacharlo con cuatro frases tópicas de columna urgente de periódico. Así, se ha dicho que los atentados de París –y los asesinatos en los países de Oriente, insisto– son un síntoma de que ya estamos inmersos en una Tercera Guerra Mundial, y es cierto; solo que sin líneas de trincheras, porque el enemigo –real o potencial– ya está dentro de las nuestras: la irresponsable política de inmigración que ha llevado a cabo Europa (y no digamos la Generalidad de Cataluña, privando la musulmana frente a la hispana) hace que sospechemos de quienes caminan junto a nosotros en la calle, se sienta a nuestro lado en un espectáculo o hace cola en la caja de una gran superficie comercial. Los *buenistas* –que coinciden sospechosamente con los dependientes y comerciales de aquella tienda de *prêt â porter*– hablan entonces de islamofobia, cuando no de racismo y otras lindezas…

Otro de los argumentos del *buenismo* es cobijar a los asesinos bajo un paraguas común de lo que llaman *fundamentalismos* religiosos, echando así su capa al sayo en pro del laicismo más descarnado; pero, por otra parte, las mayores invectivas del laicismo se dirigen, no contra el Islam, omnipresente en las sociedades europeas, sino contra la Iglesia Católica; algunos, rayando la cretinez o la mala leche, se remontan a los excesos de las Cruzadas, con lo que no hacen más que conceder el bárbaro argumento que emplean los asesinos del EI. La fe religiosa, la creencia en un único Dios que es Amor –habrá que repetirlo– no puede ser justificación de matanzas a estas alturas de nuestra cultura; precisamente, uno de sus méritos es haber llegado a cotas más acordes con una verdadera religiosidad que otras, con las que algún tonto con cascabeles pretendía una *alianza*.

Uno de los pilares de la civilización europea fue, ya en el mundo clásico, entronizar la noción de ciudadano libre, que el Cristianismo extendió a todos los hombres; Dios nos creó dotados de libertad, hasta el punto de que, en uso de la misma, el hombre puede hasta renegar de su Creador llevado por su soberbia; ahí radica ese *pecado original* del que tanto se burlan los progresistas y sus abuelos roussonianos. Por otra parte, Islam es *sumisión* y creencia en el fatalismo determinista, y en ello se basan los que pretenden imponer la ley islámica en los cuatro puntos cardinales a base de chaleco de explosivos, cuchillo de matarife o *kalasnikov.* Nos dicen que Europa y Occidente defienden la libertad, pero se olvidan que no puede contraponerse a otros valores otorgados por el Creador, como son la dignidad y la sed de justicia, la responsabilidad y el ejercicio de la inteligencia y de la voluntad sobre el puro instinto animal. Habría que preguntarse si también figuran en el frontispicio axiológico de la Europa y el Occidente actuales…

¿Con qué banderas acuden Europa y Occidente a librar esta Tercera Guerra Mundial? ¿Con la de la libertad y los derechos humanos no menos teóricos? Acaso haga falta algo más para rellenar el vacío de valores que progresistas, *buenistas* y demás tontos del haba han provocado. Una retaguardia (suponiendo que existan vanguardias y retaguardias frente al terrorismo) debe vibrar con unos principios claros, coincidentes con los del combatiente, que son los que proporcionan una moral de victoria, imprescindible para el triunfo. Nunca se gana cuando no se está seguro de sí mismo, de la propia identidad y de las razones para entrar en combate.

Si hablamos de la unidad, necesaria para entrar en liza, poco podremos aportar los españoles, acaso los más inseguros de sí mismos de todo el continente y carcomidos por los nacionalismos aldeanos. Claro que Europa tampoco puede presumir excesivamente de ello, empecinada en poner en duda su proyecto, con una Gran Bretaña euroescéptica y una Rusia marginada. Verdaderamente, es hora de revisar nuestras coordenadas vitales y políticas…

Adiós, señor Mas

Eladio del Prado

Lo que es la política. Lo que es el terrorismo. Lo que es la vida misma. ¡Cómo se les ocurre a los del Estado Islámico perpetrar ese atentado en París! Pues han fastidiado a Mas. Sí, a Artur Mas, el aspirante a presidir un gobierno autonómico catalán y a presidir Cataluña. Porque esos ataques han unido a la Unión Europea. Han estrechado los lazos de los gobiernos y de los ciudadanos europeos. Hay que defender la democracia, la vida, la ley. ¡Vaya momento! Quién es, ahora, el osado que va a Bruselas a pedir apoyo para la independencia catalana. O a pedir su inclusión en la UE. Estos yihadistas es que no piensan. Le han hecho un roto en toda la espalda, señor Mas.

Además de los que ya tenía. Hechos por usted mismo, claro. Independientemente de su falta de cerebro. De su falta de talla de político de bien. De su falta de dotes de estadista. Sí, ya sabemos que otros tampoco lo son, pero eso no lo justifica. Son tan grandes sus errores que lo descalifican para seguir de president. Lo descalifican como político y como gobernante. No era necesario ser una lumbrera para ver que el adelanto electoral en Cataluña era un gran error. Fue suyo. Sus ambiciones

tendría. Pero celebrarlas antes de la generales ha sido el gran error que lo manda a casa. ¡Qué error, señor Mas! ¡Inmenso error! Busque la lumbrera que le aconsejó y lléveselo a casa también. Como imponer el número de escaños en vez del número de votos. Como hacer de las elecciones autonómicas una farsa para convertirlas en plebiscitarias. Para eso existen los referéndums. Como saltarse la ley. Y lo grave es que no tiene consecuencias. Otros ciudadanos estaríamos en la trena, a la sombra. ¿Y las concesiones a la CUP? ¿Son ustedes hombres de ley? ¿De qué van? ¿Sólo les interesa el poder? ¿Para qué? Seguro que para buenas obras, no.

Si sólo les interesa el poder para sus negocios, está sobrando, señor Mas. El poder es para trabajar por el bienestar de los ciudadanos. Para administrar la sociedad. Sólo les queda rectificar y volver a la legalidad, como le aconseja *La Vanguardia*. Sólo les queda irse a casa. Ese matrimonio con la CUP es «antinatura». Entendemos que le gustaría ser investido president. Seguro que lo primero que hubiese hecho es triturar a la CUP. Seguro que los hubiera machacado sin contemplaciones. No me cabe la menor duda. Los ciudadanos ya le darán su merecido en las elecciones que usted va a adelantar otra vez. Pero sin usted, señor Mas. Deja a Cataluña hecha un solar. Y dividida. Peor todavía. Cataluña está en una situación desastrosa. Es su responsabilidad. Y, como tal, ya no tiene autoridad moral ni política para liderar la nueva etapa. Hay que rectificar. Lo desean sus compañeros. Muchos más de los que lo dicen. Ya sabemos que le hubiera gustado ser un mártir. Pero para eso también se necesita tener más altura de hombre y de ideas de las que tiene usted. Su altanería y falta de cerebro le han llevado a este fin. ¡Adiós, señor Mas! Fue un error conocerle.

Tomado de *Crónica Global*

Y los políticos occidentales no defienden la cultura europea

Samir Khalil Samir

Egipcio, jesuita y profesor de Historia de la Cultura árabe y de Islamología en Beirut y en Roma, Samir Khalil Samir es actualmente uno de los mayores especialistas mundiales en las relaciones entre cristianismo e islam. Este artículo ha sido publicado inicialmente en la revista *Asia News*.

Justo después del atentado en París contra la revista *Charlie Hebdo*, las comunidades musulmanas en Francia emitieron un comunicado muy equilibrado y razonable. Pero todas estas declaraciones muestran un cierto embarazo: saben que no basta con decir «esto no tiene nada que ver con el islam», porque los hechos dicen otra cosa. Al menos el 80% de los ataques terroristas que suceden en el mundo tienen lugar en nombre del islam, para defender la fe, al profeta… con una forma cada vez más difundida, también en Occidente.

Ayer hablé con un imán de París y me decía que en la capital francesa han abierto una escuela para imanes. Hay más de mil inscritos. En esa escuela se quiere orientar a los imanes para que conozcan la cultura occidental y puedan integrarse. Es una noticia importante, porque en el islam todo parte de los imanes. En Europa, a los imanes y predicadores de las mezquitas les pagan sus países de origen. Ahora en Francia quieren crear un islam autóctono, que asimile los valores occidentales propios de este país.

Pero es una postura que contrasta con la de la mayoría de los musulmanes activistas, para los cuales este Occidente es enemigo, y el islam es un sistema que debe difundirse aunque sea mediante la violencia. De hecho, en Oriente Medio y en Europa se enfrentan dos formas de ver el islam. Si nos fijamos en la situación de Oriente Medio podremos ver hasta qué punto es fuerte la contraposición y la violencia entre sunitas y chiitas.

Conocí a un imán que era de Mosul. Es un chiita cuya familia murió asesinada a manos de fundamentalistas sunitas. Emigró a Nayaf, donde el gran ayatolá Ali al Sistani ha construido un pueblo para acoger a los chiitas y cristianos huidos de Mosul. El odio entre sunitas y chiitas aumenta cada vez más, sobre todo el de la sunna contra los chiitas considerados apóstatas. En medio de ellos se encuentran las minorías: cristianos, yazidís, kurdos, etc… Es una lucha de los sunitas para reconquistar lo que han perdido: un Iraq guiado por los chiitas, una Siria guiada por alauitas, un *Hezbolá* chiita en el Líbano más poderoso que el ejército regular…

Lo de los sunitas es un intento de recuperar espacio, considerándose a sí mismos como la auténtica forma del islam. Es una lucha en primer lugar interna del islam, que luego se dirige hacia las minorías y hacia Occidente, como la que promovió Israel por la secularización, etc. Pero ese es el enemigo más lejano. Lo más grave es la lucha interna por ver quién propaga el islam más auténtico.

Incluso en el Líbano existe esta fuerte tensión. Por eso ambas comunidades musulmanas piden a los cristianos que se queden, para que hagan de amortiguador. Si en el Líbano no hubiera cristianos, ya habría estallado la guerra entre sunitas y chiitas. El islam debería afrontar a fondo las cuestiones de la modernidad: una interpretación profunda del Corán, la no violencia, la libertad de conciencia, pero nadie se atreve a hacerlo.

Una primera cosa que merecería la pena que fuera aceptada por todos es el principio de la no violencia. Todos los musulmanes afirman que «el islam es paz», que no es violento. Las viñetas de *Charlie Hebdo*, por ejemplo, son de hace ya varios meses. De acuerdo, los dibujos son irónicos, sarcásticos, incluso injuriosos, pero vosotros, musulmanes, ¿por qué tenéis que responder con violencia? ¿Por qué a un escrito no podéis responder con otro escrito?

Salvaje actuación del yihadismo en África

En el pasado (en 2006) *Charlie Hebdo* presentó a Mahoma con una bomba en el lugar del turbante. Y yo les digo a mis amigos musulmanes: ¿cómo representáis vosotros a Mahoma? Con la espada. En el museo de Estambul hay incluso dos espadas que se considera que pertenecieron al profeta. Arabia Saudí, el país custodio de los lugares santos del islam, ¿qué lleva en su bandera? ¡Dos espadas! Entonces, yo digo: los de *Charlie Hebdo* solo modernizaron la figura de Mahoma. En su época había espadas y hoy hay bombas.

Mientras el islam, en vez de luchar contra los demás –apóstatas, cristianos, Occidente, ateos–, no haga una autocrítica y reconozca que el problema está en su seno, no se dará un paso, y los países islámicos siempre serán caracterizados por la guerra entre ellos.

Los conflictos que tienen lugar en África, en los países árabes mediterráneos y en la frontera con el desierto del Sáhara también son conflictos internos del islam. Quisiera decirles a mis amigos musulmanes: afrontad los problemas, haced autocrítica, repensad el islam para la situación actual, reinterpretad las palabras del profeta. En la Biblia también hay versículos que incitan a

la guerra, pero todos nosotros entendemos que hay que reinterpretarlos y no tomarlos al pie de la letra.

Hay que tener en cuenta que estamos en el siglo XXI. Quien paga en estas guerras son los sencillos, las minorías, los que no tienen a quien les defienda.

El enfrentamiento entre sunitas y chiitas se concentra también en la lucha entre Arabia Saudí e Irán. Aquí, a la religión se añaden problemas económicos, estratégicos, geopolíticos, de dominio… Hay que decirle a Arabia Saudí que ya estamos en el siglo XXI. ¿Cómo es posible, por ejemplo, negar a las mujeres el derecho a conducir un coche ellas solas? ¿O que las mujeres no tengan aún el derecho a votar en unas elecciones nacionales?

Además, quien rige de este modo –Arabia Saudí– lo hace como el auténtico intérprete del islam, en nombre del islam. Algo que disgusta a todos, musulmanes incluidos. Si tú haces estas cosas en nombre de la religión, entonces no protestes si yo ataco tu religión, que te lleva a humillar tanto a un ser humano.

Cuando hablas con los musulmanes, te dicen: sí, es verdad, Arabia Saudí es un país reaccionario, retrógrado, pero como los saudís reparten millones a los demás países, todos acaban diciendo «Dios bendiga a Arabia Saudí».

¿Y Occidente? El problema de la relación con los musulmanes se da porque muchos de ellos no se quieren integrar, puesto que el islam es un sistema, no solo una religión. Muchos de ellos –la mayoría– intentan integrarse, pero lo hacen lentamente. En Francia estaban más integrados los argelinos hace 50 años que los que emigran hoy.

Ahora en Francia, en casi todo el país, hay escuelas y supermercados donde venden alimentos halal, incluso los hay que solo venden productos halal, que también pueden consumir los no musulmanes. Esto contribuye a que se vea a los musulmanes como una amenaza a los valores occidentales (entre los que también está comer carne de cerdo). Y al ver que los musulmanes se organizan en grupos activistas, los occidentales también se organizan en grupos con eslóganes anti-islamistas.

También hay que decir que los políticos europeos nunca afrontan este problema. Deberían decir a los inmigrantes: sois bienvenidos, os acogemos fraternalmente por nuestra tradición cristiana; si queréis, podéis quedaros aquí, pero debéis integraros; podéis practicar la religión que queráis, o podéis ser ateos, pero debéis entrar en el sistema que existe aquí, integrándoos desde el punto de vista económico, político, social, cultural.

Lamentablemente, los políticos prefieren no abrir el pico y predicar solo una vaga acogida, relegando la cultura europea a un nivel privado. En general, veo que en muchas partes de Europa existe una acogida muy sólida hacia los inmigrantes. Incluso entre los musulmanes hay apertura, pero hay un núcleo de islamistas que rechaza la integración y la combate. Para vigilar este aspecto, hay que controlar las mezquitas. A primera vista, esto es contrario a nuestro espíritu europeo, de separación entre Estado y religión. Pero las mezquitas en el islam no son solo un lugar de oración. Son un lugar de adoctrinamiento y de indicaciones políticas, a veces perjudiciales para la comunidad. Por ello, los Estados europeos deberían controlarlas, como se hace en todos los países musulmanes. En el mundo islámico, las mezquitas son las primeras entidades que se controlan.

Este último ejemplo muestra cómo, lamentablemente, frente a las pretendidas certezas de los grupos islámicos organizados hay aún muchas incertidumbres en el mundo occidental. A corto plazo, es necesaria la apertura a los emigrantes, en particular a los musulmanes, y al mismo tiempo la exigencia de una integración socio-cultural para evitar conflictos y humillaciones.

Tomado de *El Manifiesto*

20 de noviembre: cita en Valencia

M.P.

Restaurante *La Malquerida* de Valencia. Convocados a la tertulia *de la lata de sardinas*, por el polémico e infatigable escritor Josele Sánchez, que se define, provocador, como *«hombre de izquierda y joseantoniano»*, nos reunimos unos cincuenta comensales en torno a la mesa. El tema de la tertulia de hoy –que, al parecer, ha sufrido de antemano diversos contratiempos de orden *exterior*– está en consonancia con la fecha: *José Antonio, el hombre que nunca existió*.

Predominan las personas que han salido de una primera juventud, muchos de ellos resabiados de grupos y siglas: supervivientes del rito y del grito. Se palpa la experiencia y, en algunos casos, el desengaño, pero no faltan en las intervenciones dosis de apasionamiento casi juvenil, porque el leit motiv del encuentro sigue resultando atractivo para todos: un tal José Antonio Primo de Rivera, hoy ninguneado, silenciado y proscrito por el Sistema, pero que cobra, día a día, mayor presencia entre los historiadores y los escritores, está presente en los anaqueles de las librerías, y aun en los escaparates, en un teatro de Madrid y, posiblemente, dentro de poco, en el cine; también, por qué no reconocerlo, entre sectores juveniles que, todo sea dicho, lo conocen poco y, en algunos casos, mal.

Esta tertulia era una especie de conmemoración en la inteligencia y en el diálogo; el moderador va dando, todo lo ordenadamente que puede, turnos de palabra. Discrepancias y asentimientos, coincidencias y opiniones dispares; tampoco se trata de llegar a conclusiones comunes, porque no existe un *pensamiento oficial* que deba prevalecer. Tampoco es una sesión de terapia para sanar frustraciones militantes.

Se llega, poco a poco, a los puntos estrella: la génesis del pensamiento joseantoniano, que debe buscarse, no en el fascismo de moda como circunstancia de la época, sino en la tradición reformista y rebelde de españoles pensantes, quizás desde las críticas acerbas de Quevedo, pasando por el pistoletazo de Larra y arribando a las racionales playas de Ortega; el desarrollo de este pensamiento, desde el 29 de octubre de 1933 y quizás antes, hasta la radicalidad de un 1936, con una España a punto de desangrarse en dos zonas irreconciliables con un José Antonio en prisión; el truncamiento de los parámetros joseantonianos, que quedaron como *melodía inconclusa* y escasamente continuados en su posteridad, aunque sí con multitud de exégesis; el valor de José Antonio como modelo de un *estilo*, arquetipo de un modo de ser por encima de una manera de pensar, y, quizás lo más importante y debatido, qué es lo esencial, lo permanente, de ese pensamiento joseantoniano, para articular sobre ello un proyecto ilusionante para todos los españoles que siguen sintiendo la carencia de patria, de pan, de justicia, o, como la mayoría de los asistentes a la tertulia, de las tres cosas a la vez.

También se habló, de puntillas en muchos momentos, de las necesidades organizativas de

presente o de futuro, y de los requisitos para llegar a ellas; pero lo importante ya se había planteado al principio: en qué fundamentarse y qué transmitir a quienes no estaban sentados en torno a las mesas de aquel popular restaurante.

Homenaje y revisión. Historias personales e historia común. Afirmación, eso sí, de la unidad de España y de la necesidad de justicia, con rotundidad unánime; del predominio de lo espiritual y del punto de partida inexcusable en cualquier *joseantoniano*, militante o no en la actualidad: el hombre.

No tenía importancia para el cronista el regusto de definiciones personales y apellidos. En todo caso, un joven abogado, fusilado injustamente hace setenta y nueve años, seguía siendo el aglutinador de voluntades, de corazones y de inteligencias de cincuenta y pico españoles reunidos en Valencia el 20 de noviembre de 2015.

Si deseas recibir esta Gaceta envíanos tu dirección a secretaria@fundacionjoseantonio.es. Y si consideras puede interesar su contenido a algún amigo, facilítanos su dirección de correo.

Militar

Alfonso Ussía

Juramento o promesa. Un militar jura o promete lealtad a su Bandera. No me refiero al escudo, que puede variar con los tiempos. Lealtad a su Bandera y derramar en su defensa, si llegara el caso, hasta la última gota de su sangre. El general Rodríguez, Jefe de Estado Mayor de la Defensa durante el Gobierno de Zapatero, juró lealtad a la Bandera en la Academia General del Aire. Maniobró y desfiló *bajo* esa Bandera. Ocupó sus despachos presididos por la Bandera. Enterró a sus compañeros, caídos por España en misiones militares o asesinados por el terrorismo, con sus ataúdes cubiertos con su Bandera. Y alcanzó el mayor grado y empleo cumpliendo con su deber y con su juramento o promesa. Curiosamente, hoy ha dejado de ser un militar para convertirse en un político. Un partido político cuyos dirigentes desprecian la Bandera a la que juró o prometió lealtad don Julio. Sus compañeros de partido gustan mostrar en sus comparecencias la bandera republicana, también conocida como la tricolor, la rumana o, simplemente, la fea. Y ha llegado a un acuerdo con los dirigentes de «Podemos», que apoyan a Bildu –la ETA– en el País Vasco, que defienden el derecho a la fragmentación de España, que consideran la unidad de la Patria un contrasentido y jamás se han permitido un rasgo de generosidad y justicia con los militares que cumplen diariamente con su deber y con aquellos que han sido enterrados por entregar su vida por sus compatriotas. Muchas lagunas en la memoria de don Julio. Muchos desencuentros anímicos en su proceder. Muchos olvidos de sus compañeros en su mal paso dado.

Los de «Podemos» dicen una cosa hoy y otra mañana, y en el mismo día, tres o cuatro contradictorias depende de dónde se hallen y hablen. Pero uno de los rasgos comunes de los dirigentes de «Podemos» es su desafecto profundo por todo lo militar. Pretendo ser bien entendido. Por todo lo militar en España, en los Estados Unidos, en Francia o en Inglaterra, que no por lo militar en Cuba, Venezuela y Corea del Norte. En estos tres últimos casos, lo militar les gusta más que comer con los dedos. Ellos son partidarios del militarismo en el poder, no de los Ejércitos que sirven a la sociedad desde el deber y la disciplina a las órdenes de los Gobiernos elegidos con los votos libres y soberanos. No puedo figurarme a don Julio estrechando la mano de los proetarras de «Bildu». No me cabe en la cabeza que un general de cuatro estrellas se atreva a decir que el problema de Cataluña «se soluciona con política, y no con la Ley». Que un general del Aire recomiende pasar por encima de la Ley es gravísimo. Pasar por encima de la Ley, con mayúscula, equivale a quebrar el Estado de Derecho, las leyes, la Constitución y, en su caso también, las Reales Ordenanzas que juró o prometió cumplir.

Tuve con don Julio muy breves y esporádicos encuentros, y siempre se comportó con la cortesía y buena educación de los que llevan el uniforme. Sabía que muchos de sus compañeros le decían «Julio el Rojo», y que otros le achacaban su escaso esfuerzo en la milicia y su preferencia por los cómodos despachos. En las Fuerzas Armadas son necesarios los militares de campo que disfrutan con sus hombres y comparten sus padecimientos, y lo que proyectan, idean, mandan y presupuestan desde sus despachos. Pero no se me va de la cabeza lo que don Julio ha dicho. Saltarse la Ley. Eso se llama golpismo, y me niego a creer que don Julio sea un golpista.

¿Lo veremos en un mitin con la bandera «rumana» a sus espaldas? ¿Lo veremos abrazando a un dirigente de «Bildu»? ¿Se saltará la Ley un general de cuatro estrellas con los primos hermanos de «Podemos» en Cataluña, los de la CUP?

¿Un nuevo Miaja? No entiendo nada.

Tomado de *La Razón*

Recordando al gran René Girard

miqueridaespana

Se pasan la vida diciendo que esto del cristianismo es un residuo del pasado, que es cosa de viejas ignorantes… y resulta que uno de los más grandes filósofos contemporáneos, original e incisivo, reconocido por propios y extraños, es cristiano, aún más, católico, apostólico y romano. ¡Vaya chasco para nuestros laicistas empeñados en arrancar la religión de la educación!

Girard falleció el pasado 4 de noviembre. Su obra bien merece una lectura atenta y reposada. Un buen modo de ir haciendo boca puede ser este artículo, «De la víctima sacrifical al apocalipsis». Los temas fundamentales de la obra de René Girard, publicado en *Nueva Revista*. Allí leemos cosas como éstas:

> **Resulta escandaloso afirmar, como hace Girard, que la sociedad tiene unos fundamentos rituales y religiosos y que son estos fundamentos lo que permiten la convivencia entre los hombres. Lo es hasta el punto de exclamar que «la humanidad es hija de lo religioso» y que «lo religioso es la madre de todo». Pero también puede resultar políticamente incorrecto acercarse con una mirada tan libre de prejuicios a los rituales antiguos. Porque lo que se ha considerado como muestra y ejemplo de irracionalidad extrema –la religión, los mitos y todas sus narraciones– a la postre aparecen como elementos indispensables de la vida social, no sólo de la antigua, sino también de la contemporánea.**
>
> **Girard se educó en un contexto cristiano, pero abandonó la fe en la adolescencia. Tampoco pudo prever entonces que sus intereses teóricos en el ámbito de la antropología le llevarían a la conversión ya en su madurez. En el conjunto de entrevistas que se recogen en uno de sus libros más interesantes, *El origen de la cultura*, Girard reconoce que la teoría literaria le condujo a la**

antropología, la antropología a la Biblia y ésta a la superioridad del cristianismo, lo que decidió su conversión. Este hecho le ha granjeado muchas enemistades entre los especialistas, que veían con asombro cómo Girard recurría a los Evangelios como fuente de conocimiento. En cualquier caso, a su juicio entre ciencia y fe religiosa no puede darse contradicción alguna, en la medida en que ambas tienen el mismo objetivo: comprender la realidad.

Frente a la tradición mítica, que pone fin a la violencia gracias a un chivo expiatorio, pero que asegura su eficacia negando su carácter, la Biblia representa un paso importante porque en ella se reconoce antes de su inmolación. La Sagrada Escritura constituye, de ese modo, el primer texto que denuncia no sólo la violencia que funda la sociedad y sus instituciones, sino precisamente su carácter inmoral.

El cristianismo desmitificó el mecanismo del chivo expiatorio, pero dejó demasiado en manos de los hombres. Y tras una modernidad que se preciaba de haber abandonado la senda de la religión, afirma Girard, ya no podemos recurrir a ninguna víctima propiciatoria que nos redima de esta rivalidad mimética, de este enfrentamiento sin final. «La violencia está desencadenada, hoy en día, a escala del planeta entero, provocando aquello que los textos apocalípticos denunciaban». Sólo, a juicio de Girard, queda una salida: la conversión, es decir, la renuncia voluntaria a la violencia.

~~La~~ Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea. Para ello, pincha en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.